



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA DE PRIMADOS DE LA COMUNIÓN ANGLICANA

Jueves, 2 mayo 2024

Queridos hermanos y hermanas, ¡la paz esté con vosotros!

Os saludo con alegría en las palabras del Señor resucitado, que anuncian la esperanza nacida de la resurrección, la esperanza que no defrauda. Esta fue la experiencia de los discípulos, reunidos en el Cenáculo, cuando Jesús les quitó el miedo y la angustia, mostrando sus llagas y su costado traspasado, y derramando sobre ellos su Espíritu (cf. Jn 20, 19-23).

También hoy, cuando los líderes del pueblo de Dios se reúnen, pueden sentirse temerosos como los discípulos, tentados al desaliento, compartiendo sus decepciones y expectativas incumplidas, dejando que sus preocupaciones los dominen e incapaces de evitar que sus desacuerdos se amplíen. Sin embargo, también hoy, si miramos a Cristo más que a nosotros mismos, nos daremos cuenta de que el Resucitado está en medio de nosotros y desea concedernos su paz y su Espíritu.

Agradezco a Su Gracia Justin Welby sus fraternas palabras de saludo: comenzó su servicio como arzobispo de Canterbury casi al mismo tiempo que yo comencé el mío como obispo de Roma. Desde entonces hemos tenido muchas ocasiones de reunirnos, de orar juntos y de dar testimonio de nuestra fe en el Señor. Este año, durante la celebración de las Vísperas de la solemnidad de la Conversión de San Pablo, hemos encargado a varios obispos católicos y anglicanos que sirvan juntos, para "ser para el mundo un anticipo de la reconciliación de todos los cristianos en la unidad de la única Iglesia de Cristo". [1] Querido hermano Justino, gracias por esta cooperación fraterna en favor del Evangelio.

Y no he olvidado su maravilloso trabajo en Sudán del Sur y el de su esposa.

El Señor nos llama a cada uno de nosotros a ser constructores de unidad y, aunque todavía no seamos uno, nuestra comunión imperfecta no debe impedirnos caminar juntos. De hecho, "las relaciones entre los cristianos... presuponen y piden desde ahora todas las formas posibles de colaboración concreta a todos los niveles: pastoral, cultural y social, así como el testimonio del mensaje evangélico". [2] Nuestras diferencias no disminuyen la importancia de las cosas que nos unen: «no pueden impedirnos reconocernos como hermanos y hermanas en Cristo en razón de nuestro bautismo común». [3] A este respecto, expreso mi gratitud por el trabajo de la Comisión Internacional Anglicana-Católica Romana durante los últimos cincuenta años, que ha realizado grandes esfuerzos para superar los diversos obstáculos que se oponen a la unidad, reconociendo, ante todo, que «la comunión ya compartida se funda en la fe en Dios nuestro Padre, en nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu Santo; nuestro bautismo común en Cristo; compartir las Sagradas Escrituras, el Credo de los Apóstoles y el Credo de Nicea; la definición de Calcedonia y la enseñanza de los Padres; nuestra herencia cristiana común durante muchos siglos". [4]

Hermanos y hermanas, el tiempo de Pascua nos devuelve a nuestros orígenes a través de la lectura de los Hechos de los Apóstoles. En medio de tantas páginas gloriosas que hablan de fe y fraternidad, de valentía frente a la persecución, de la difusión gozosa del Evangelio y de su apertura a los gentiles, el autor sagrado no oculta momentos de tensión e incompreensión, a menudo nacidos de la fragilidad de los discípulos, o de diferentes enfoques de la relación con la tradición pasada. Sin embargo, el relato en su conjunto deja claro que su verdadero protagonista es el Espíritu Santo: los Apóstoles llegan a la comprensión y a las soluciones recíprocas dejándole el primado a Él. A veces olvidamos que las desavenencias también marcaron a la primera comunidad cristiana, aquellos que habían conocido al Señor y lo habían encontrado como resucitado de entre los muertos. No debemos tener miedo de los desacuerdos, sino abrazarlos, dejando la primacía al Paráclito. Me gusta mucho aquella expresión de los Hechos de los Apóstoles: "al Espíritu Santo y a nosotros nos ha parecido bien". Eso es algo muy bonito. Estamos llamados a orar y a escucharnos unos a otros, tratando de comprender las preocupaciones de los demás y preguntándonos, antes de preguntar a los demás, si hemos sido dóciles a los impulsos del Espíritu Santo, o presa de nuestras propias opiniones personales o de grupo. Ciertamente, la manera divina de ver las cosas nunca será la división, la separación o la interrupción del diálogo. Más bien, el camino de Dios nos lleva a aferrarnos cada vez más fervientemente al Señor Jesús, porque sólo en comunión con él encontraremos la plena comunión unos con otros.

¡El mundo herido de hoy necesita la aparición del Señor Jesús! ¡Necesita conocer a Cristo! Algunos de vosotros venís de países en los que la guerra, la violencia y la injusticia son el pan de cada día de los fieles, pero incluso en los países considerados prósperos y pacíficos, existe un gran sufrimiento y pobreza. ¿Cuál debería ser el mensaje que ofrezcamos en respuesta, si no es Jesús, el Salvador? Nuestra misión es darlo a conocer. Siguiendo la estela de lo que Pedro le dijo al

cojo a la puerta del Templo, lo que tenemos que ofrecer en estos tiempos difíciles y necesitados no es plata y oro, sino Cristo y las asombrosas buenas nuevas de su Reino (cf. Hch 3:6).

Queridos Primados de la Comunión Anglicana, gracias por elegir reunirse este año en la Ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo. Es un regalo para mí sentirme cerca de las comunidades que ustedes representan. Me doy cuenta de que el papel del Obispo de Roma sigue siendo un tema controvertido y divisivo entre los cristianos. Sin embargo, en la espléndida frase del Papa Gregorio Magno, que envió a San Agustín como misionero a Inglaterra, el Obispo de Roma es *servus servorum Dei*, el siervo de los siervos de Dios. Una vez más, en palabras de Juan Pablo II, "esta designación es la mejor salvaguardia posible contra el riesgo de separar el poder (y en particular el primado) del ministerio. Tal separación contradiría el significado mismo del poder según el Evangelio: "Yo estoy entre vosotros como el que sirve" (Lc 22, 27)". [5] Por esta razón, es necesario comprometerse en «un diálogo paciente y fraterno sobre este tema, un diálogo en el que, dejando atrás las controversias inútiles» [6], se esfuerce por comprender cómo puede desarrollarse el ministerio petrino como un servicio de amor para todos. Gracias a Dios, se han obtenido resultados positivos en los diversos diálogos ecuménicos sobre la cuestión del primado como "don que hay que compartir". [7]

Como sabéis, la Iglesia católica está comprometida en un camino sinodal. Me alegro de que tantos delegados fraternos, entre ellos un obispo de la Comunión Anglicana, hayan participado en la primera sesión de la Asamblea General celebrada el año pasado, y espero con interés una mayor participación ecuménica en la sesión que se celebrará este otoño. Rezo para que una mejor comprensión del papel del Obispo de Roma sea uno de los frutos del Sínodo. El Informe de Síntesis al final de la primera sesión pedía un estudio más profundo del vínculo entre sinodalidad y primacía a varios niveles, local, regional y universal. [8] El trabajo más reciente de la Comisión Internacional Anglicana-Católica Romana puede resultar un recurso útil a este respecto. [9]

Así que oremos, caminemos y trabajemos juntos, con confianza y esperanza. En la Declaración Conjunta de 2016 se afirmaba que, "aunque, al igual que nuestros predecesores, nosotros mismos aún no vemos soluciones a los obstáculos que se nos presentan, no nos inmutamos. En nuestra confianza y gozo en el Espíritu Santo, confiamos en que el diálogo y el compromiso mutuo profundizarán nuestra comprensión y nos ayudarán a discernir la mente de Cristo para su Iglesia. Confiamos en la gracia y la providencia de Dios, sabiendo que el Espíritu Santo abrirá nuevas puertas y nos guiará a toda la verdad". [10] Sería un escándalo que, debido a nuestras divisiones, no cumpliéramos con nuestra vocación común de dar a conocer a Cristo. Si, por el contrario, más allá de nuestras respectivas visiones, somos capaces de dar testimonio de Cristo con humildad y amor, será Él quien nos acerque los unos a los otros. Repito: "Sólo un amor que se convierte en servicio gratuito, sólo el amor que Jesús enseñó y encarnó, acercará a los cristianos separados entre sí. Sólo ese amor, que no apela al pasado para mantenerse al margen o para señalar con el dedo, sólo ese amor que en nombre de Dios pone a

nuestros hermanos y hermanas ante la férrea defensa de nuestras propias estructuras religiosas, sólo ese amor nos unirá. Primero nuestros hermanos y hermanas, las estructuras después".

[11] Hermanos y hermanas, gracias una vez más por esta visita, que nos permite crecer en comunión. Ahora me alegra escuchar lo que queréis decirme y unirme a vosotros en la oración.

[1] Comisionamiento de los obispos para la Comisión Internacional Anglicano-Católica Romana para la Unidad y la Misión, 25 de enero de 2024 (cf. Unitatis redintegratio, 24).

[2] SAN JUAN PABLO II, Ut unum sint, 40.

[3] Declaración Común de Su Santidad el Papa Francisco y Su Gracia Justin Welby, 5 de octubre de 2016.

[4] ARCIC II, La Iglesia como comunión, 50.

[5] Carta Encíclica Ut unum sint, 88.

[6] Ibíd ., 96.

[7] ARCIC II, El don de la autoridad, 60.

[8] Cf. XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Iglesia sinodal en Misión, Informe de síntesis, Parte I.7.h.

[9] Cf. ARCIC III, Caminando juntos en el camino.

[10] Declaración Común de Su Santidad el Papa Francisco y Su Gracia Justin Welby, 5 de octubre de 2016.

[11] Homilía en las segundas vísperas de la solemnidad de la conversión de san Pablo, 25 de enero de 2024.